

ECO-IMPERIALISMO: Poder Verde – Peste Negra

Extractos de los distintos capítulos

(Nota: Todas las citas y notas al pie en el texto original han sido omitidas, los asteriscos reemplazan texto que se encuentra en la versión completa).

5. Mosquitos Sostenibles – Personas Prescindibles

Fiona “Fifi” Kobusingye es una diseñadora y empresaria de 34 años de edad de Kampala, Uganda. A comienzos de noviembre de 2002 luego de consultar a su médico porque se sentía fatigada, descubrió que tenía malaria. Su sobrina de tan solo un año de edad suele tener escalofríos y llorar todas las noches porque sufre de un importante fallo renal, causado por la malaria. Su hermana estuvo gravemente enferma de malaria y debieron hospitalizarla por lo que su madre debió viajar a Kampala para ayudar a toda la familia, con lo que terminó ella misma en el hospital y en manos de la misma enfermedad.

“Nuestra familia y comunidad está sufriendo y muriendo de esta enfermedad y hay demasiados europeos y medioambientalistas que tan sólo se preocupan por proteger al medio ambiente” dice Kobusingye. “¿Pero qué será entonces de las personas? Los mosquitos están por todas partes; uno intenta pensar que está seguro, pero en realidad jamás lo está. Los europeos y los americanos pueden darse el lujo de engañarse entre sí con el tema de la malaria y los pesticidas, pero nosotros no podemos”.

“La hija de mi amigo, de cuatro años de edad no ha podido caminar por varios meses a causa de la malaria que contrajo” afirma Fifi Kobusingye de Kampala. “Se retuerce en el piso, sus ojos se salen de sus orbitas como los de un camaleón, su cabello se ha resecaado y su estómago se ha inflamado porque los parásitos se han apoderado de su hígado. Su familia no tiene dinero para ayudarla y tampoco lo tiene el gobierno de Uganda. La única opción que tienen es cuidar de ella y acompañarla en su sufrimiento a la espera de una muerte segura”.

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS) y demás estudios científicos, en el año 2000 la malaria infectó a más de 300 millones de personas, matando a casi a 2.000.000 de ellas (la mayoría estas habitan en una región ubicada al sur del desierto del Sahara, en África). Más de la mitad de estas víctimas son niños, que mueren a un ritmo de dos por minuto, es decir 3.000 por día, lo que equivaldría a que 80 colectivos cargados de niños se desbarranquen por un precipicio todo los días del año. Desde 1972, más de 50 millones de personas han muerto de esta espantosa enfermedad. Muchos están debilitados por el SIDA o la disentería, pero en realidad mueren de malaria.

Estas cifras corresponden a muertes reales y no simplemente a muertes teóricas basadas en extrapolaciones de estudios realizados con roedores (como en el caso del Alar, una sustancia química que regula el crecimiento, que fue sujeta a un ataque virulento y a una campaña para recaudar fondos del *Natural Resource Defense Council* y de *Fenton Communications* en 1989) o catástrofes hipotéticas (como los escenarios de inundaciones y sequías generados por algunos modelos computados de cambios climáticos).

Todas estas muertes se deben en buena parte a restricciones casi globales a la producción, exportación y utilización del DDT. Impuesta originalmente en Estados Unidos por el administrador de la *Environmental Protection Agency* (EPA), William Ruckelhaus en 1972, la prohibición del DDT se han expandido y ejecutado por presión de las ONG's, tratados basados en la coerción y amenazas de sanciones económicas de fundaciones, países y agencias de ayuda internacional.

Esta claro que donde se usa el DDT la malaria disminuye estrepitosamente y que donde no se lo usa, aumenta a gran velocidad. Por ejemplo, en el Sudáfrica, la nación más desarrollada de ese continente, la malaria se ha mantenido muy baja (menos de 10.000 casos al año) gracias a la cuidadosa utilización del DDT. Pero en 1996 la presión de los medioambientalistas convenció a los directores del programa a la suspensión del uso del DDT, lo que concluyó en una de las peores epidemias en la historia del país, con unos 62.000 casos comprobados tan sólo en el año 2000.

Poco después de este pico de la enfermedad, Sudáfrica volvió a legalizar el DDT. En tan sólo un año los casos de malaria se desplomaron en un 80 por ciento y en dos años volvieron a no superar los 10.000 casos anuales. En Mozambique, el vecino país donde no permiten el DDT, las tasas de malaria permanecen altísimas. Se han registrado experiencias similares en Zambia y otros países africanos, Sri Lanka y Bangladesh.

No existe sustancia química similar al DDT en cuanto a su bajo costo, su efectividad para *repeler* mosquitos de las viviendas, *exterminar* a los que se posen en las paredes y *desorientar* a los que no hayan sido repelidos; eliminando gran parte de la urgencia que tienen de picar en viviendas que han sido tratadas una o dos veces al año con pequeñas cantidades de este milagroso insecticida. Recordemos que para muchos países empobrecidos, que están luchando por recuperar economías destrozadas por décadas de enfermedades y guerras civiles, el costo y la efectividad son factores clave.

Los insecticidas sustitutos resultan muy pocas veces apropiados para este fin. Al tiempo que los carbamatos funcionan bien, son de cuatro a seis veces más caros que el DDT y deben aplicarse con más frecuencia. Los organofosfatos son peligrosos y por ello no son apropiados para su utilización en las viviendas; además los mosquitos han desarrollado una enorme resistencia a los piretroides sintéticos gracias a su uso extensivo en aplicaciones agrícolas.

Para los países pobres de África, Asia y Latinoamérica, el costo es una cuestión determinante. No sólo necesitan sus recursos limitados para otras prioridades de salud pública, como el caso de la obtención de agua potable, sino que además cuentan con una infraestructura mínima en cuanto a lo medicinal y lo sanitario. Cada dólar que gastan en el control de la malaria es un dólar con el que no cuentan para otras satisfacer otras necesidades sanitarias. "El DDT es una solución duradera mientras que sus alternativas no lo son" dice el profesor Roberts. "El DDT es barato, las alternativas no. Fin de la discusión".

El DDT no es una "súper arma" que puede reemplazar a todas las demás, ni es adecuado a todas las situaciones. Sin embargo, es un arma vital (en muchos casos "la mayor tecnología disponible") en una guerra que debe pelearse contra varias especies de mosquitos (vectores) y parásitos de la malaria en constante mutación, en diferentes terrenos y culturas, y bajo una amplia variedad de viviendas y demás factores. Como en el caso de cualquier ejército, los trabajadores del campo de la salud deben tener acceso a cualquier arma disponible. Armarles a todos con una única solución para todos los casos (tanques y pistolas, mosquiteros y medicamentos) es muy poco escrupuloso.

Es evidente que se necesitan nuevos pesticidas, sustancias químicas, medicamentos y drogas. Sin embargo, el desarrollo y el uso de los mismos se ve obstaculizado por la falta de fondos (en África), por una dependencia excesiva del principio preventivo (especialmente en Europa), por

las demoras en la aprobación de medicamentos y por la amenaza omnipresente de juicios de responsabilidad multimillonarios (especialmente en Estados Unidos). Aún si algún día pudieran convertirse en un sustituto confiable del DDT, es posible que mientras tanto mueran decenas de millones de personas. Explicándolo en forma más sencilla, la idea de que existen alternativas para el DDT o que existirán en un futuro cercano, es la manera más mortal de ilusionarse, promovida por quienes ya han establecido firmemente su posición ideológica contra el DDT en cualquier lugar, no importa el momento ni la circunstancia y que se aferran a ella como las lapas a las rocas.

Incluso el *New York Times* (que generalmente toma partido por los grupos medioambientalistas radicales) asegura que el mundo desarrollado “ha sido inescrupulosamente mezquino a la hora de financiar la guerra contra la malaria e investigaciones para encontrar alternativas al DDT”. Hasta que encuentren una, las naciones ricas deberían estar ayudando a los países pobres con todos los medios disponibles, incluyendo el DDT”. Pero aún así los activistas antipesticidas como Greenpeace y WWF permanecen indiferentes.